

Los religiosos ante la crisis

El domingo de Pentecostés los religiosos de Venezuela hicimos público un documento sobre la crisis del país. Somos casi 6.000 las mujeres y los varones que en Venezuela seguimos a Jesús de Nazaret por este camino extraño y apasionante de los votos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia dentro de la Iglesia Católica. Nuestro seguimiento de Jesús desemboca naturalmente en el servicio a los hombres, un servicio en orden a la construcción de una sociedad íntima y estructuralmente fraterna. Queremos lograr la fraternidad de todos, como Jesús, desde el trabajo preferente con los más necesitados y desde el testimonio de una vida pobre y en solidaridad con la causa de los pobres. Así nos definimos públicamente en este documento, aunque quienes nos conocen no siempre compaginarán este autorretrato con la imagen que proyectamos con nuestras obras y palabras. El hablar así de nosotros lo asumimos como un compromiso, de modo que nuestras palabras no sólo caigan sobre los demás sino sobre nosotros mismos y así podamos ser corregidos, reprendidos y ayudados para atenernos a este compromiso vital que públicamente asumimos.

Pues bien, nosotros, los religiosos de Venezuela, por primera vez en nuestra historia nos hemos decidido a dirigirnos con una sola voz al país. No ha sido fácil. Somos muy distintos y estamos un tanto dispersos; pero la creciente conciencia de nosotros mismos, de nuestra misión en el país y de la situación que atravesamos nos ha llevado a dar este paso. Es un paso que sorprenderá a bastantes que nos conocieron hace tiempo y que no deja de inquietarnos también a nosotros. Es que los religiosos en Venezuela o somos de data reciente o tuvimos que salir del país en siglos pasados y sólo desde fines del siglo XIX se nos volvieron a abrir lentamente las puertas del reingreso. Por eso inconscientemente nuestro primer cuidado, en medio de nuestros trabajos apostólicos, fue el de ser buenos ciudadanos. Nos pasó como a muchos cristianos en el imperio romano o como a los católicos en USA: para que nada tuvieran que reprocharnos, no sólo procuramos trabajar duro y desinteresadamente, sino que, sin darnos cuenta, también nos fuimos plegando al orden establecido y en un proceso natural nos encontramos acompañando a las clases ascendentes en el proceso de modernización desatado a la caída de Gómez y que eclosionó en las ciudades en la década de los 50. Esta era hasta hace una década la imagen predominante, y todavía hoy lo es en parte. En esa situación era impensable que los religiosos nos dirigiéramos al país: en primer lugar porque aceptábamos espontáneamente el orden establecido y en segundo lugar porque no conocíamos como ahora los resortes que mueven a la sociedad, la idiosincrasia del pueblo y las alternativas posibles. Ahora las cosas están cambiando en la vida religiosa venezolana y este documento es un índice de nuestra conciencia, de nuestras metas y también de nuestras limitaciones. Así como los obispos católicos de USA, superando su fase adaptativa, acaban de entregar a su pueblo un documento que hará historia sobre la paz y las armas atómicas, así nosotros, los religiosos de Venezuela, en una medida mucho más modesta, adecuada a lo que somos, nos vemos obligados a lanzar un alerta a las conciencias de nuestros compatriotas desde nuestro compromiso cristiano.

O CAMBIAMOS O NOS HUNDIMOS

Calificamos la situación de alarmante, más aún de extrema. Vemos a nuestra tierra venezolana golpeada y sufrida. Ya no es posible ocultar la profunda distorsión inhumana que reina en el país. La crisis no es de crecimiento o un trastorno inducido por la economía mundial. Venezuela se nos representa conforme a la parábola del hijo pródigo, como una nación que ha utilizado de manera corrupta y malversado la riqueza petrolera. Obligado por la crisis, el pródigo recapacita. Para nosotros se trata de una verdadera encrucijada: o corregimos el rumbo, dando un viraje profundo, o nos hundimos, perdiendo lo que hemos logrado de desarrollo económico y democrático.

Frente a un gobierno que se obstina en hacernos creer que no pasa nada, frente a una oposición que sólo piensa en ser gobierno, frente a unos gremios patronales, profesionales y aun obreros empeñados en despreciar el bien común y atenerse sólo a presionar para salir ellos bien parados a costa de los demás y del país entero, frente a ciudadanos que como síndrome de seguridad se enconchan tratando de defender lo adquirido a como dé lugar, nosotros insistimos que la crisis nos comprende a todos, que la crisis es una verdadera encrucijada histórica y que únicamente por un esfuerzo solidario saldremos a flote. En este sentido hablamos de crisis moral. Porque, si las decisiones que tenemos que tomar son políticas, económicas y técnicas, esas decisiones nos conducirán a la ruina si el criterio supremo que las inspira no es la vida digna de las mayorías y si nos

falta resolución para pagar el precio necesario para implementarlas.

LOS RESPONSABLES DE LA CRISIS

Pero si la crisis es tan profunda y nos incumbe a todos, no todos tenemos en ella la misma responsabilidad. Nos parece importante señalar a los principales responsables, no sólo porque estamos obligados a la denuncia evangélica de quienes sirven al dinero y al poder, reservándose egoístamente para sí los bienes que Dios otorga para beneficio de toda la comunidad, sino para llamarlos públicamente a que rectifiquen. Porque nosotros no somos maniqueos y creemos que es posible esta rectificación. Pero también para que conste ante Dios y la historia que sobre ellos cargará la principal responsabilidad del desastre y sus consecuencias imprevisibles, si se niegan a rectificar. Queremos nombrar expresamente al Gobierno, a los políticos, a los empresarios y a las asociaciones gremiales.

Citamos extensamente una carta de nuestros obispos en la cuaresma de 1980, que describe clara y exactamente los males que todos sentimos, y añadimos otros que se han agravado en esta coyuntura. Calificamos de atentados graves, incluso criminales a la desinversión, al desempleo que genera, a la baja del poder adquisitivo del salario debida a la inflación especulativa, a la fuga de divisas, a la corrupción en el trámite de divisas. Decimos que estas personas están jugando con la vida del país. Sobre las conciencias que manejan el capital pesa el reclamo grave de las heridas humanas que puedan abrir sus decisiones económicas. Es muy fuerte esta acusación que hacemos a la burguesía venezolana y nos compromete bastante, porque todavía buena parte de ella se educa con nosotros, acude a nuestros templos y hasta conserva nuestra amistad. Por eso queremos dejar públicamente asentado que quienes realizan estas prácticas criminales no pueden recibir de nosotros confirmación y bendición para seguir haciéndolo con conciencia tranquila. ¿Nos hacemos cargo de la trascendencia de estas palabras? Nos exponen a un tremendo ridículo si continuamos igual; más aún nos convertiríamos también en responsables de la catástrofe.

Además de la burguesía señalamos con el dedo a los políticos. Para nosotros esta crisis representa un duro juicio a la conducción política de las últimas décadas. Tanto que pone en tela de juicio la misma forma de hacer política y de entender el quehacer partidista. Estamos nada menos que poniendo en cuestión a toda la política del status. Y no desde una perspectiva militarista sino por nuestra sincera vocación democrática, por la necesidad que sentimos de que se profundice su contenido social. Muchas veces se ha señalado a los colegios religiosos como promotores de un partido determinado; pero si estas palabras son consecuentes significarían que hemos recuperado la libertad evangélica para proclamar desde los pobres los derechos de Dios, que son la vida digna de las mayorías y no una ideología y menos un color electoral.

Desde esta perspectiva enfocamos la campaña: los políticos deben escuchar al pueblo y buscar con él soluciones a los problemas. Por eso condenamos el derroche que estamos presenciando, la manipulación publicitaria, la ausencia de verdad, incluso de contenido. Decimos que una campaña así no es aceptable para la conciencia cristiana.

LO QUE NOS TOCA A NOSOTROS ¿Y EL PUEBLO?

Por nuestra parte nos comprometemos a profundizar nuestra austeridad, a entender y vivir el carácter social que tiene la propiedad y a mostrarlo, entre otros modos, solidarizándonos efectivamente con los cientos de miles de desempleados y sus familias. Y a transmitir en nuestro apostolado estos mismos criterios, vivencias y solidaridades.

Un documento como tal es una hoja que se lleva el viento. Este resonará tanto cuanto los religiosos que lo hemos producido lo hagamos resonar con nuestras vidas y palabras. De todos los modos el mero hecho de su elaboración conjunta es una buena noticia y da alguna confianza en que algo se mueve, con la vida del Espíritu de Jesús, entre los religiosos de Venezuela.

Hasta aquí, la lectura y glosa que nosotros (religiosos del Centro Gumilla, editor de la Revista SIC) hicimos al documento que elaboraron y aprobaron por consenso los superiores mayores de las diversas congregaciones religiosas el 6 de mayo en el curso de su asamblea anual. En la sección de documentos ofrecemos el texto completo. La presentación editorial de este documento expresa que lo asumimos y hacemos nuestro. No podemos sin embargo omitir que echamos de menos en él unas palabras al pueblo, principal víctima de la crisis e importante artífice de su superación a largo plazo. Y no sólo por eso sino también porque con el pueblo trabajamos la mayor parte de los religiosos y con él queremos echar, como Jesús, nuestra suerte. Esperamos que, profundizando esta perspectiva, ese sea el principal destinatario del próximo documento y sobre todo de nuestros diarios trabajos.